



ALFAGUARA INFANTIL

Declarado de interés por el Consejo de
Educación Inicial y Primaria y por el
Ministerio de Vivienda, Ordenamiento
Territorial y Medio Ambiente



© 2011 ROY BEROCAY

© De esta edición:

2011, Unidad de Cambio Climático, DINAMA

Galicia 1133 Piso 3

Tel: 29170710 int. 4305

info@cambioclimatico.gub.uy

www.mvotma.gub.uy

Ilustraciones: RODRIGO MONTES

Diseño de colección: MANUEL ESTRADA

- Grupo Santillana de Ediciones, SA (Alfaguara)
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Leandro N. Alem 720. C1001AAP Buenos Aires, Argentina
- Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333, La Paz, Bolivia.
- Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Ariztía 1444, Providencia,
Santiago de Chile, Chile.
- Santillana, SA
Av. Venezuela 276, Asunción, Paraguay.
- Santillana, SA
Av. Primavera 2160, Santiago del Surco, Lima, Perú.

ISBN: 978-9974-95-445-8

Hecho el depósito que indica la ley.

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay*

Primera edición: Enero de 2011, 4.170 ejemplares

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El casamiento de Ricoleto y algunos desastres

Roy Berocay

Ilustraciones de Rodrigo Montes



ALFAGUARA

INFANTIL

Estimados lectores, esperamos disfruten
y aprendan con esta historia.

*Nuestras acciones de hoy
son el legado del mañana,
por el cual nos juzgarán
nuestros hijos.*

Stephen Green, director del Grupo HSBC

Estimado lector:

A través de la historia *El casamiento de Ricoleto y algunos desastres* se intenta acercar a los niños la temática del cambio climático abordando como temas centrales eventos extremos como lluvias intensas, vientos fuertes y sequías, que representan las principales manifestaciones del cambio climático en Uruguay.

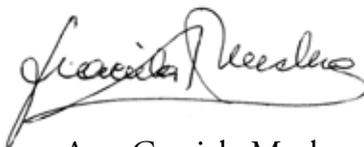
Este pequeño cuento busca recrear cómo afectan los eventos extremos en nuestro país a través de las aventuras de una rana que vive en un bosque cercano a la costa uruguaya y que junto con sus amigos atraviesa divertidas situaciones.

EcoPlata y la Unidad de Cambio Climático de la DINAMA, como aporte a la educación ambiental, propusieron el proyecto que hoy está en sus manos.

El objetivo es fomentar el abordaje de estas temáticas para desarrollar una cultura de prevención ante estos fenómenos en las nuevas generaciones.

Finalmente, consignemos que es gracias al apoyo de la Dirección Nacional de Medio Ambiente, así como a la empresa HSBC Bank, que este libro llegó a usted.

Disfrútelo.

A handwritten signature in black ink, reading "Graciela Muslera". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke at the bottom.

Arq. Graciela Muslera
Ministra de Vivienda, Ordenamiento Territorial
y Medio Ambiente.

—¿Se puede saber a dónde vas tan apurado? —preguntó Furibunda Caracola asomándose desde su caparazón pegada a un árbol del bosque.

—¡Claro que se puede saber! —dijo Ricoleto Rano, que era una rana macho, o sea, un *rano*—. ¡Es primavera, doña! ¡Primavera! O sea que es hora de que consiga novia y me case y tenga cientos de huevitos de *ranitos* y ranitas y eso.

La caracola estiró uno de sus cuernos, que no son cuernos pero todos les dicen así por culpa de una canción que ella detestaba, y miró hacia el cielo y los árboles.

Hacía calorcito como si fuera primavera; algunos árboles, de esos que se pelan en invierno, ya empezaban a tener hojas, como si fuera primavera. Pero ¿era de verdad primavera? Furibunda Caracola no estaba segura.

—¿Vos estás seguro, Ricoleto?

—¿De qué, doña?

—De que es primavera.

—Claro que es primavera, doña: los pajaritos cantan, la vieja se levanta trala-la y todo eso. ¿Qué tal estoy, estoy bien? —Ricoleto



se pasó una pata por la cabeza como si estuviese peinándose, aunque no tenía pelo—. ¿Estoy bien? —insistió.

—Claro que estás bien, sos un rano muy buen mozo, con esas patas largas y demás.

Ricoletto sonrió. Estaba todo listo, daría muchos saltos, buscaría una novia y organizaría un gran casamiento con todos sus amigos.

Entonces pegó un salto de varios metros y se perdió de vista.

Furibunda Caracola se quedó mirando un rato. Volvió a mirar al cielo, que ahora se cubría de nubes bien oscuras. ¿Sería primavera de verdad?

Poco después cayó un rayo, y otro, y otro. Fue allá, para el lado norte, en el campo, pero aquello sonó como cañonazos. Luego llegó el viento, fuerte, enojado como siempre. Y Furibunda se metió en su casita porque empezó a llover.

Cayó agua como si fuera la primera vez que llovía en la Tierra. Se formaron grandes charcos, se inundaron partes del bosque, cayeron algunos árboles y luego de varias horas la tormenta se alejó hacia el oeste.

Pero ahora hacía frío, un frío como para resfriar pingüinos.

—¿Qué invierno de porquería! —comentó una paloma de monte acurrucada en una rama del árbol—. Hace calor, llueve, hace frío, después hace calor otra vez. Me estoy volviendo loca.

Furibunda Caracola, asomada de nuevo, pensó que la paloma tenía razón.

Entonces se acordó de Ricoletto.

¿Qué habría pasado? ¿Habría tenido tiempo de casarse?

La respuesta le llegó al ratito nomás, cuando un ruido como a hojas o yuyos aplastados la hizo mirar hacia el suelo.





—¡Volviste! —exclamó Furibunda.

—Sí, doña —dijo Ricoleto recostándose al tronco del árbol—.

Fue un desastre, no sé qué pasó. Yo fui bien rápido, rápido. Salí de acá en primavera, pero cuando llegué al otro lado del bosque era invierno de nuevo. A lo mejor tardé demasiado, no entiendo. ¿Será que ahora las estaciones son muy cortas?

—No, Ricoleto, me parece que eso no es. —Furibunda Caracola pensaba que algo extraño sucedía con el clima, pero ella no entendía qué era, porque los bichos del bosque no tenían acceso a Internet.

—Si hasta tuve que salvar a unos pajaritos que cayeron con nido y todo de una rama. Se los llevaba el agua y los saqué al costado, pero la mamá, una pájara de pico afilado, me dio un montón de picotones porque creía que yo me los quería llevar.

Furibunda se deslizó hacia abajo y vio que Ricoleto tenía varios chichones.

Esa noche temblaron de frío, pero al otro día, cuando salió el sol en un cielo despejado, empezó de a poco a hacer calor.

Ricoleto se asomó en su cueva y miró el cielo. Algunos árboles habían perdido hojas por el frío, como si un otoño muy breve hubiese pasado por ahí sin avisar. Pero ahora parecían florecer de nuevo.

Oyó un zumbido y trató de ver de dónde venía. Tenía hambre, así que un buen desayuno de insecto le vendría bien.

El zumbido sonó más fuerte y cercano y Ricoleto vio un mosquito bastante grande que se posaba sobre el árbol. Calculó que si pegaba un salto medio rápido y estiraba su lengua tendría su desayuno.

Pero no pudo porque Furibunda Caracola estaba asomada, enojadísima, y le gritaba al mosquito.



—¡Rajá de acá, *Aedes aegypti*! ¡Acá no vengas con tus enfermedades! ¡Fuera, fuera, camine cucha! —rezongaba Furibunda.

El mosquito la miró asombrado.

—No, señora caracola, tranquila, yo no soy de esos —puso cara triste—. Es por culpa de ellos que todos nos odian, pero yo soy un mosquito común y corriente nomás. Solo pico y chupo la sangre, como los demás.

—Ah, bueno, ¿y qué lo trae por acá? —preguntó calmada Caracola escondiendo bajo su caparazón el palo que iba a usar.

—Es que es un desastre, ¿vio? Ya van tres veces que me pasa: viene la primavera, hace calorcito y yo aprovecho y pongo huevos en los charcos. ¡Me da un trabajo enorme! Entonces, cuando me pongo a esperar y empiezan a nacer las tiernas larvitas..., ¡zas!, es invierno de nuevo y adiós larvitas. Después hace calor otra vez y pongo otra vez huevos y de nuevo hace frío. Me estoy volviendo loca.

—*Loco*, querrá decir —corrigió la caracola—. Usted es un mosquito.

—No, *loca*, quiero decir *loca*, soy hembra, como quien dice. Nos dicen *mosquitos* como si fuéramos todos machos; no sabe cómo confunde eso a los más chiquitos.

—A mí me pasa lo mismo —intervino Ricoleta la rana, que era *rano*—. ¿Por qué no baja un cachito, así conversamos?

—No, gracias, está empezando a hacer calor, tengo que ir a poner más huevos. —El mosquito que era mosquita se alejó volando.





Era verdad: ahora hacía calor de nuevo, había sol, los pajaritos cantaban.

—Hay amor en el aire, doña
—exclamó contento Ricoleto—.

¡Ahora sí voy a casarme, es primavera de nuevo!

Y allá se fue Ricoleto de un salto,
y otro, y otro.

Furibunda Caracola se quedó mirando.
¿Sería en verdad primavera de nuevo?



Ricoleto llegó a orillas del arroyo y observó un rato cómo las aguas se metían en el mar, ahí cerquita. Dio unas vueltas y comenzó a cantar. Era una canción de amor, una canción especial que había hecho para conseguir novia.

Al poco rato apareció ella. Era una rana tan pero tan hermosa que Ricoleto sintió que se le saltaba el corazón.

Muy romántico y dando saltitos se acercó a ella.

—Hola, preciosa, soy Ricoleto, ¿y vos?

—Yo no.

—¿No qué?

—Que no soy Ricoleto, soy Cachirula, la rana Cachirula. ¿Qué andás haciendo por acá? Vos no sos del barrio.

—No, yo vine porque... Bueno... porque... eh... —Ricoleto se puso nervioso, no le salían las palabras.

En eso vieron llegar por el arroyo un bote de humanos pescadores. Dos hombres arrimaron la embarcación a la orilla, en una playita cercana, y se bajaron.



—No hay caso —decía uno de los hombres—, las corvinas se fueron al este, no sé qué vamos a hacer.

El otro hombre le decía algo y luego los dos se alejaban cargando cosas.

—¿Se fueron de vacaciones las corvinas? —preguntó curioso Ricoleto.

—Se ve que no sos muy conocedor de nada —dijo Cachirula con tono sobrador—. La corvina es un bicho complicado. Una vez conocí una: les gusta el agua dulce pero mezcladita con la salada, así que cuando hay demasiada agua dulce se van para allá.

—Ah —dijo Ricoleto haciéndose el que entendía, aunque no era cierto.

Pero no le importaba qué hicieran las corvinas; eso lo podrían explicar en el glosario. Él estaba ahí por otra razón. Entonces juntó valor y miró a Cachirula a los ojos. Ella lo miró a él, él la miró a ella..., ella lo miró a él..., se tomaron de las manos y... empezó a llover.

Ricoleto no lo podía creer. ¡Qué mala suerte la suya! Justo cuando estaba a punto de tener novia.

¡Y qué manera de llover!

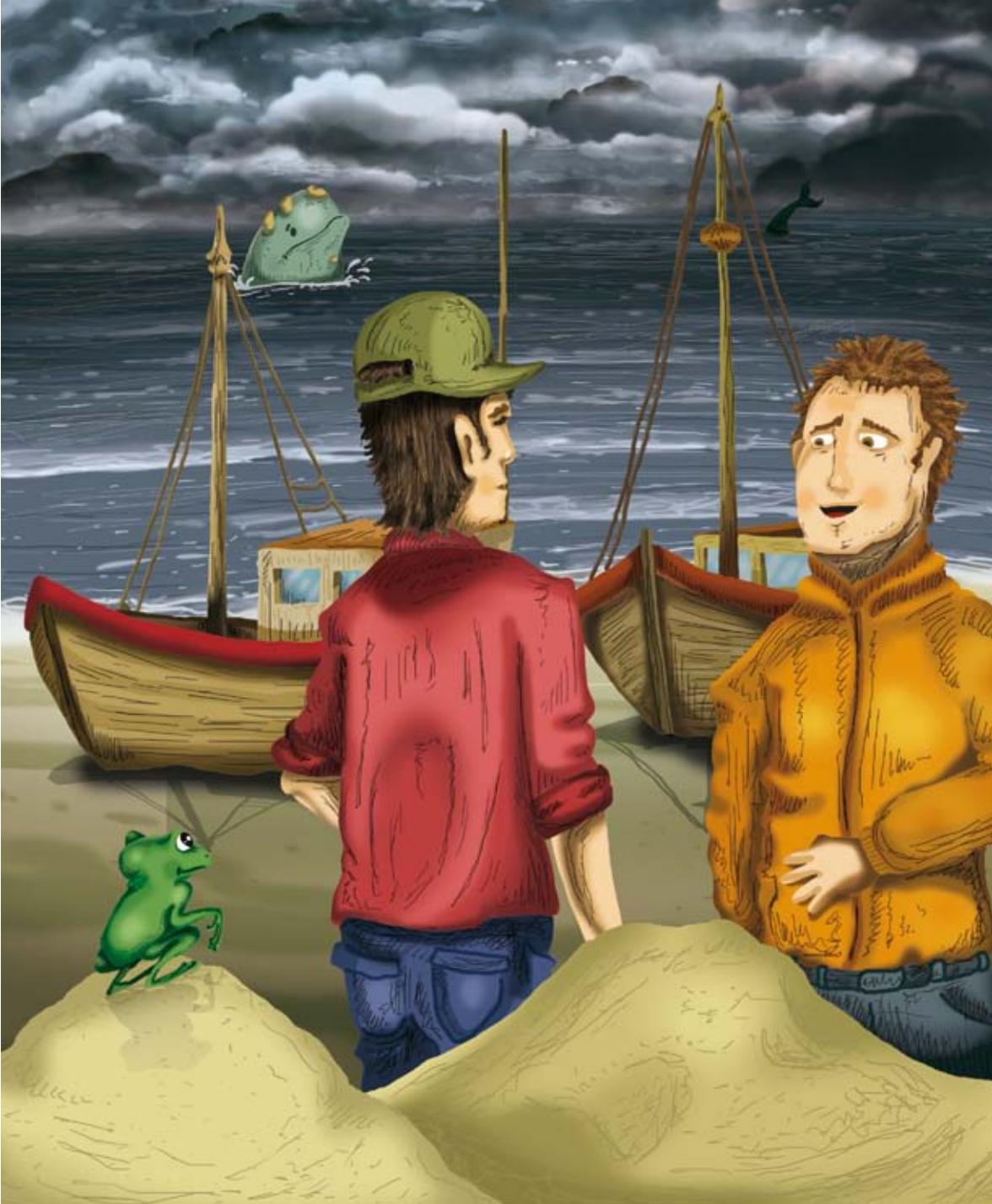
El arroyo se desbordó, hubo otra vez vientos muy fuertes. Si hasta los pescadores tuvieron que salir a buscar su bote, que se fue arrastrado por la corriente.

Y luego, otra vez, el frío, un frío peor que la vez anterior.

—No puedo casarme contigo, Ricoleto —le dijo Cachirula temblando—. Volvé en primavera.

—Pe... pe... pero...







Nada, Ricoleto estaba triste. Así que, cuando el temporal se alejó, él se fue dando saltos hacia el mar. Quería ver la playa, las altas olas, los médanos, las gaviotas. Aunque tenía que tener cuidado con las gaviotas, que eran muy glotonas y comían de todo, incluso *ranos* si lo llegaban a ver.

Se puso en la cima de un médano y miró. Algo le llamó la atención. Allá, mar adentro, no muy lejos, había ballenas.

Ricoleto nunca había visto peces tan enormes. Pensó que si aquellos hombres, los pescadores, se enteraban, no necesitarían corvinas nunca más. Claro que él no sabía que las ballenas no son peces.

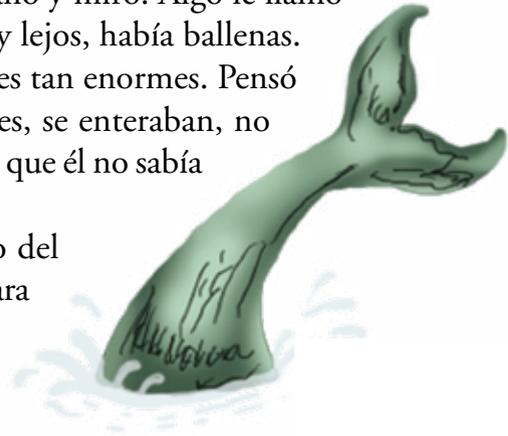
Entonces Ricoleto, a resguardo del frío invernal, decidió mudar su cueva para esa zona y esperar la primavera.

Y sucedió que aquello le pasó al menos un par de veces más.

Empezó el calor, los pajaritos cantaron, las plantas reverdecieron, los mosquitos pusieron huevos y todo eso y él volvió a buscar a Cachirula una vez, dos veces. La última vez hasta llegaron a darse unos besitos.

Pero al final la primavera llegó de verdad. Ya nadie tenía dudas. Y de a poco empezó a hacer más y más calor. Ricoleto y Cachirula se casaron. Ella puso huevos en los charcos y tuvieron un montón de renacuajitos.

Pero empezó a hacer tanto, tanto calor, que muchos charcos se secaron. No llovió un día, no llovió otro, no llovió por una semana, luego por un mes.





Los bichos andaban por ahí buscando agua donde fuera. Tenían mucha sed y el arroyo estaba tan bajo que los peces, en vez de nadar, se arrastraban por el fondo raspándose las panzas.

Pero una tarde, cuando Ricoleto y Cachirula estaban tirados entre los yuyos descansando, abanicándose con una hoja, oyeron un gran alboroto. Era como un enorme zumbido pero no de mosquito, sino más fuerte.

Y también un sonido como a voces, a cantos y cosas que hacían algo así: cuiqui-cu, cuiqui-cu, y un ritmo.

Se asomaron a ver.

Cientos, miles, decenas de miles de cascarudos pequeños y medianos caían sobre el bosque, sobre la playa, sobre todo. Era una nube cascaruda.

Algunos cayeron cerca de ellos.

—*Hei você, meu amigo, tudo bom?*

—¿Qué dice, Ricoleto, qué dice? —quiso saber Cachirula.

—No sé, querida, no hablo idiomas.

—El castellano es un idioma y te sale bastante bien —dijo ella.

—Quiero decir que no hablo otros idiomas —explicó él.

El cascarudo, que tenía en la mano una pequeña pandereta, se puso a tocar y a bailar.

—*Cidade maravilhosa, cheia de encantos mil, coração do meu Brasil!*

Y de pronto se armó tremenda batucada de cascarudos con instrumentos y cantos y baile. Había unas cascarudas que se sacudían como si les estuvieran dando un choque de electricidad.



—*Dança, minha morena, dança a meu!*—exclamaba feliz uno de los cascarudos que hacía sonar un silbato: ¡pri-pipi-ri, pri-pipi-ri!

Ricoleto decidió averiguar la verdad y esperó. Cuando los cascarudos se cansaron de bailar, trató de hablar con uno de ellos.

Se enteró entonces de que todos venían volando desde el norte, desde Brasil, porque siempre volaban de vacaciones hasta el borde del calor. Ahora parecía que el calor se había corrido hacia el sur.



—Pero acá no es Brasil, que yo sepa —les explicó Ricoleto.

—*Não importa, o meu amigo, não importa!* —exclamó el cascarudo.

Y se pusieron a tocar, a bailar y a cantar.

*Não importa, o meu amigo,
não importa,
venha comigo pra cantar.*

Ricoleto pensó que esos cascarudos sí que sabían divertirse, pero al rato, cuando le dio hambre, se mandó un par de turistas que estaban deliciosos. A nadie le pareció mal: así era la ley de la naturaleza. Y las ranas estaban bastante más arriba en el ranking que los cascarudos.

Así que el comienzo de aquel verano fue con sequía pero mucha comida importada para ranas, sapos y aves. Tanta comida, que al poco tiempo estaban todos regordos de comer cascarudos. Algunos pájaros incluso no podían volar por culpa de su sobrepeso y tuvieron que ponerse a dieta comiendo hormigas coloradas.







Pero un día Ricoleto decidió ir a visitar a Furibunda Caracola, a quien hacía tiempo que no veía.

Cuando llegó, vio que muy cerca de su árbol unos humanos habían armado una carpa.

—¡Hola, Ricoleto! —lo saludó la caracola al verlo—. ¿Al fin te casaste?

—Sí, doña, y usted ¿cómo anda?

Furibunda descendió un tramo.

—Como loca, Ricoleto, como loca con el calor. Todo se puso muy seco y encima a los humanos se les da por hacer fuego a cada rato; vivo con el corazón en la boca porque, ya sabés, una chispita y ¡zas!, se nos quema el bosque como aquella vez.

—No me haga acordar, doña, fue terrible.

—Igual estos parecen cuidadosos, y además acá en el árbol hicimos apuestas.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de apuestas?

—Sobre qué día va a venir el temporal que los va a sacar corriendo. Yo aposté a dentro de tres días. Puedo sentirlo, es como un olorcito a humedad en el aire. Se viene, Ricoleto, pero ellos no lo saben.

Entonces Ricoleto tuvo una gran idea.

Volvió a los saltos a su nuevo hogar y le contó su idea a Cachirula, que en seguida corrió la voz por todas partes.

Pocas horas más tarde una gran cantidad de bichos, ranas, sapos, aves, cascarudos haciendo batucada, mosquitos, hormigas y algunas otras especies llegaron al pie del árbol de Furibunda Caracola.

—¿Qué hiciste, Ricoleto? ¿Por qué los trajiste?





—Les prometí un gran espectáculo, doña, y quisieron verlo.
—¿Espectáculo? ¿Qué espectáculo? —preguntó ella.
—La lucha de los humanos contra la naturaleza.
—Ah.

Así fue que los bichos pasaron tres días como en una especie de feria o festival. Durante el día había juegos y carreras y durante la noche los cascarudos brasileños organizaban bailes y cantos.

Hasta que llegó el gran momento.

—¡Ahí, ahí viene! —avisó un pájaro que vigilaba el cielo desde lo alto de un árbol.

Las nubes negras, gordas y altas, avanzaron desde el este como un ejército invasor. Los bichos observaron.

Primero fue la mujer que miró al cielo.

—Enrique, me parece que va a llover —dijo ella.

El hombre, echado en una reposera, tomando mate, rascándose la panza y leyendo el diario, ni se molestó en levantar la vista.

—Siempre la misma exagerada vos. Es una nube, ¿no ves?

Entonces llegaron corriendo dos niños.

—¡Mamá, papá, se viene una tormenta!

—No pasa nada —dijo el hombre justo cuando el primer trueno explotó enojado y poderoso sobre sus cabezas.

Los bichos aplaudieron y vivaron. Trepados a las ramas miraban cómo los humanos corrían levantando cosas, cacerolas, vasos, botellas; cerrando sillas, tropezándose. Llegó el viento y de a poco se fue volviendo más y más fuerte.





Algunos mosquitos se volaron. Varios cascarudos estaban agarrados de sus patitas a las ramas.

Y llegó la lluvia.

Los bichos gritaron y aplaudieron el fin de la sequía, y rieron al ver a los humanos tratando de desarmar una carpa que se les volaba por todos lados, y rieron más al verlos correr hacia el auto cuando los árboles se sacudían y la lluvia ametrallaba el suelo.

—¡Creo que mejor nos vamos! —gritó la rana Cachirula y los bichos se desbandaron en busca de refugio.

Los humanos huyeron en su auto y los bichos se metieron en cuevas, en agujeros, bajo rocas o donde pudieran esperar y esperar a que aquello pasara.

Y cuando pasó, sucedió otra cosa.

Llegó una oleada de aire frío.

Ricoleta quería irse a dormir a su cueva y Cachirula no lo dejaba.

—¡Te digo que llegó el invierno, hay que ir a dormir! —le decía él.

—Te digo que no —decía ella.

—¡Que sí!

—¡Que no!

Y ahí arriba, en su árbol, Furibunda Caracola pensaba en cómo habían cambiado las cosas, que todo era distinto ahora y que los bichos, y seguro que también los humanos, iban a tener que acostumbrarse.





Glosario

Benteveo. *Pitangus sulphuratus* es un pájaro autóctono que se alimenta de insectos como el cascarudo, por lo cual su presencia colabora en el control de este tipo de plagas.

Cambio climático. Es el cambio de los valores medios de las variables climáticas como temperatura, precipitaciones y nivel medio del mar en períodos prolongados (como mínimo 30 años), producidos por acción de la humanidad que altera el ciclo del carbono. Algunos de los principales efectos están vinculados a la variabilidad climática (estacional y anual) y a la magnitud y/o frecuencia de los eventos meteorológicos y climáticos. Este cambio climático se diferencia del que siempre ha existido por causas naturales.

Cascarudo. *Euethiola humilis*, más conocido como *cascarudo negro*, es un insecto que habita en las praderas del sur de Brasil y extiende su distribución más allá de la frontera uruguaya. Prefiere temperaturas altas, mayores de 27 °C, y es atraído por la luz. Como tiene patas excavadoras muy fuertes, puede hacer destrozos en los cultivos.

Corvina. Es una de las especies marinas más tradicionales de nuestro país. Vive en aguas poco profundas y cercanas a la costa.

Eventos extremos. Las lluvias intensas que provocan inundaciones, olas de calor, severas tormentas con vientos fuertes y temporales del mar son eventos extremos que con el cambio climático parecen estar incrementando su frecuencia e intensidad.

Mosquito *Aedes aegypti*. Es el mosquito transmisor del virus del dengue. No es común en Uruguay, aunque se ha encontrado en algunos departamentos fronterizos y en Montevideo. Pone huevos en la superficie de aguas estancadas (latas, cubiertas, floreros, etcétera), por eso es importante evitar que el agua se deposite en cualquier tipo de objeto. En Uruguay se controla mediante la inspección de zonas críticas, el *descacharre* y tratamientos químicos.

Mosquito *Culex pipiens*. Es el mosquito más común en Uruguay, que pica al atardecer y prefiere temperaturas mayores de 21 °C para reproducirse. El mosquito hembra es hematófago (se alimenta de sangre picando a animales y al hombre). No es de riesgo en cuanto a transmisión de enfermedades.

Río de la Plata. Sistema estuarino donde confluyen aguas provenientes del océano Atlántico y de los ríos Uruguay y Paraná.

Webs de interés:

Portal educativo de Nuestra Costa: <www.nuestracosta.com.uy>.

Unidad de Cambio Climático: <www.mvotma.gub.uy>.

EcoPlata: <www.ecoplata.org>.



ROY BEROÇAY

Nací en Montevideo en una época en que los dinosaurios aún gobernaban la Tierra. Ya de pequeño descubrí que la combinación de sonidos me resultaba muy agradable y soñé con dedicarme a hacer música. En la adolescencia finalmente comencé a cumplir ese sueño y me integré a distintos grupos de rock. Esa enfermedad nunca se me curó y seguí integrando bandas durante casi toda mi vida. De manera paralela, comencé a escribir y soñé con ser escritor. Y también se me cumplió. Ya que estaba (porque vi que eso de soñar se me daba muy bien), soñé con tener una hermosa familia, y la obtuve. Soñé con hacer música con mis hijos, y lo hago. También soñé con que Uruguay salía campeón del Mundo y que yo ganaba el Cinco de Oro... Bueno, todo no se puede.

Publiqué varios libros, entre ellos, *Pateando lunas*, *Los telepiratas*, *Lucas, el fantástico*, *Babú*, *Las aventuras del sapo Ruperto*, *Ruperto detective*, *¡Ruperto insiste!*, *Ruperto de terror*, *Ruperto al rescate*, *El país de las cercanías* (tomos 1 y 2), *Ruperto y los extraterrestres*, *Rocanol*, *Ernesto, el exterminador de seres monstruosos (y otras porquerías)*, *El sapo Ruperto en historieta*, *Ruperto rocanrol y otras bobadas*, *Ernesto el exterminador y el increíble mundo más allá de Sayago*, *Un poema invisible y otros que se pueden ver*, *Un mundo perfecto*, *Ruperto y la comadreja robot* (o el nuevo plan de siniestro) y *A jugar con el sapo Ruperto*.



RODRIGO MONTES

Nací en 1981 en Montevideo, y desde que pude agarrar un lápiz para dibujar, y no para masticar con mis primeros dientes, empecé un camino que, si bien tuvo sus vueltas, finalizó siempre poniéndome frente a una hoja en blanco.

Después de estudiar abogacía durante unos años, terminé viendo que mis cuadernos tenían todos más dibujos que apuntes. Así que en el 2005 decidí acercarme más a lo que me gustaba realmente e hice el curso de diseño gráfico en la UTU, Escuela de Comunicación Social.

Actualmente trabajo realizando ilustraciones, animaciones, también como diseñador gráfico publicitario y desarrollando la gráfica de aplicaciones y juegos interactivos para web.

Para Alfaguara ilustré *Un mundo perfecto*.